AZUCENA ADELINA FRABOSCHI

LA COSMOVISIÓN DE HILDEGARDA DE BINGEN

Resumen

El título de Doctor de la Iglesia, en palabras del Cardenal Amato, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, es conferido a quienes "con su eminente doctrina han contribuido a la profundización del conocimiento de la divina Revelación, enriqueciendo el patrimonio teológico de la Iglesia y procurando a los fieles el crecimiento en la fe y en la caridad. Éste es, en una apretada síntesis, el significado de la proclamación de doctor de la Iglesia." Y Benedicto XVI, declarando a santa Hildegarda Doctora de la Iglesia, dice: "La doctrina hildegardiana es considerada eminente, tanto por la profundidad y la justeza de sus interpretaciones, cuanto por la originalidad de sus visiones". Este artículo procura aportar tan sólo algunos elementos teológicos, antropológicos y eclesiales del pensamiento de la abadesa de Bingen, que permitan dar razón del título con que fuera honrada el 7 de octubre de 2012.

Palabras clave: Hildegarda de Bingen, Trinidad, creación, hombre, Iglesia

Abstract

The title of Doctor of the Church, in the words of Cardinal Amato, Prefect of the Congregation for the Causes of Saints, is conferred on those who "with their eminent doctrine have contributed to the deepening of the knowledge of the divine Revelation, enrichening the theological heritage of the Church and fostering in the faithful the growth in faith and charity. This is, in brief, the meaning of the proclamation of doctor of the Church". And Benedict XVI, declaring Saint Hildegard Doctor of the Church, says: "Hildegard's teaching is considered eminent both for its depth, the correctness of its interpretation, and the originality of its views". This article provides some theological, anthropological and ecclesial elements of the thought of the

abbess of Bingen, which contribute to justify the title with which she was honored on the 7th October 2012.

Key words: Hildegard of Bingen, Trinity, creation, man, church

Presentar la cosmovisión de santa Hildegarda en pocas palabras es una tarea en verdad imposible; por eso daremos tan sólo algunos lineamientos, subrayando en esta presentación algunos elementos teológicos, antropológicos y eclesiales del pensamiento de esta Doctora de la Iglesia.

El punto de partida de toda consideración en torno a estos temas es un concepto que se hace vivamente presente en toda la obra de la abadesa de Bingen, y manifiesta su dinamismo en todas las realidades sobre las que Hildegarda escribe: me refiero a la *viriditas*, la fuerza vital, la fecundidad, el verdor, el reverdecer, la lozanía..., son muchas las traducciones posibles y propuestas para un término en verdad intraducible por la riqueza de que lo ha dotado la santa. Con este concepto se refiere a Dios, a la Vida divina, a la acción creadora de Dios, a la presencia de la fuerza divina en el mundo natural y en el hombre y su historia –tanto la del individuo cuanto la de la humanidad–, a las virtudes como fuerzas divinas que trabajan con el hombre, etc. *Viriditas* tiene que ver con la vida en su manifestación plena y pujante, en el verde de las ramas, en la floración y en la maduración de sus frutos; por eso también tiene que ver con los colores, con el sabor, con los aromas, finalmente con la belleza y la salud. E Hildegarda toma la imagen y la extrapola. Y es con esa extrapolación que abordamos el tema fontal en el pensamiento de la abadesa: la Trinidad, como una realidad divina viva, dinámica y operante, como nos lo dice el siguiente texto de *Scivias*, visión que trata de la Santísima Trinidad:

> "LAS TRES FUERZAS DE LA PIEDRA. Tres fuerzas hay en la piedra, tres en la llama y tres en la palabra. ¿Cuáles? En la piedra hay vigor (*viriditas?*) húmedo, consistencia tangible y fuego resplandeciente. Tiene vigor húmedo para no deshacerse ni quebrarse; consistencia tangible para ofrecer morada y refugio; fuego resplandeciente para calentarse, solidificarse y alcanzar la dureza que le corresponde. El vigor húmedo significa al Padre, Quien jamás se marchita ni se seca y Cuyo poder no tiene fin; la consistencia tangible designa al Hijo, Quien nacido de la Virgen pudo ser tocado y abarcado; y el fuego resplandeciente significa al Espíritu Santo, Quien enciende e ilumina los corazones de los hombres fieles.

(...) Como estas tres fuerzas se hallan en una sola piedra, así también la verdadera Trinidad se encuentra en la verdadera unidad.

LAS TRES FUERZAS DE LA LLAMA. De la misma manera como la llama tiene en un solo ardor tres fuerzas, así también hay un solo Dios en tres Personas. ¿Cómo es esto? La llama está formada por una claridad resplandeciente, un purpúreo vigor (*viror*) y un ardor ígneo. Tiene claridad resplandeciente para iluminar, purpúreo vigor para crecer y ardor ígneo para quemar. Por esto, en la claridad resplandeciente contempla al Padre, Quien con paterno amor expande Su luz sobre Sus fieles; en el purpúreo vigor contenido en esta claridad, en la cual la llama manifiesta su poder, reconoce al Hijo, Quien tomó Su cuerpo de la Virgen y en Quien la Divinidad reveló Sus maravillas; y en el ardor ígneo advierte al Espíritu Santo, Quien ardientemente se derrama en el espíritu de los fieles. (...) Por consiguiente, así como en una llama se distinguen tres fuerzas, así es preciso reconocer a Tres Personas en la Unidad de la Divinidad.

LAS TRES CAUSAS DE LA PALABRA HUMANA. Y así como es menester distinguir en la palabra tres causas, así también ha de contemplarse la Trinidad en la unidad de la Divinidad. ¿Cómo es esto? En la palabra hay sonido, sentido operante y aliento. Tiene sonido para ser escuchada, sentido para ser entendida, aliento para ser pronunciada. En el sonido advierte al Padre, Quien con inefable poder hace manifiestas todas las cosas; en el sentido operante, al Hijo, admirablemente engendrado por el Padre (y Quien hace visibles todas esas cosas en la obra creadora); en el aliento al Espíritu Santo, Quien arde en ellos con dulce suavidad. Pero donde no se escucha el sonido, allí el sentido no obra ni se eleva el aliento, por lo que tampoco allí se entiende la palabra; así tampoco el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están separados entre sí, sino que llevan a cabo Su obra de manera unánime. Por eso, así como en una sola palabra existen estas tres causas, así también la celestial Trinidad existe en la Unidad celestial (…)”.[1]

Con estas imágenes tan accesibles que forman parte de nuestra cotidiana experiencia santa Hildegarda nos pone ante el misterio de Dios Uno y Trino, misterio insondable de la vida divina, dinámica y en amorosa comunicación en su intimidad, pero también desbordándose hacia Su creación: nosotros, y el mundo en el que transcurre nuestra existencia. Misterio ante el cual el cristiano, con palabras de la abadesa de Bingen, hace decir a su fe: “El Único Dios debe ser adorado en Tres Personas de una misma esencia e igual gloria. Por eso yo

1. A. Führkötter O.S.B.; A. Carlevaris O.S.B. (eds.), *Scivias* 2,2, 5-7 *Hildegardis Scivias*, Turnhout, Brepols, 1978, CCCM 43-43a.

tendré confianza en el Señor, y no borraré Su Nombre de mi corazón por toda la eternidad".[2]

"Yo tendré confianza en el Señor, y no borraré Su Nombre de mi corazón": palabras que, lejos de considerar al Dios Uno y Trino como una abstracción sin relación alguna con nosotros, trasuntan la conciencia de una real y activa presencia de la Trinidad en nuestro ser y en nuestra vida. Sólo así es posible y cobra pleno sentido esa confianza que está como grabada en el corazón, y que conlleva, como promesa cierta, el recuerdo de las palabras de Cristo, el Viviente del *Apocalipsis*, cuando dirigiéndose al ángel de la Iglesia de Sardes dice: "Y no borraré su nombre del libro de la vida" (Ap 3,5).

En la misma visión Hildegarda hace una exposición de la Trinidad, y la pintura de la que el texto es descripción e interpretación presenta un círculo exterior de color plata, surcado por líneas concéntricas de trazo ondulante –para sugerir dinamismo, actividad–, en cuyo interior se inscribe otro círculo de color ígneo, también con sus líneas concéntricas, y en el centro mismo de ambos círculos se ve una figura humana de color zafiro –el luminoso esplendor–, con las palmas dirigidas hacia adelante; tanto los círculos cuanto la figura humana aparecen vinculados entre sí. El texto, que presentamos en forma fragmentaria, dice:

> "Después vi una luz muy clara y serena, y en ella una figura humana de color zafiro, que ardía toda entera en un suavísimo fuego rutilante. Y aquella luz serena se derramó sobre todo el fuego rutilante, y aquel fuego rutilante penetró toda aquella luz serena; y la misma serena luz y el mismo fuego rutilante inundaron toda esa figura humana, de manera tal que eran una sola luz en una sola energía de un único poder (...). Por lo cual ves *una luz muy clara y serena* que sin mancha de ilusión, defecto o engaño, designa al Padre; en ella *la figura humana de color zafiro*, sin mancha de dureza, envidia o iniquidad significa al Hijo, engendrado por el Padre antes de los tiempos según Su divinidad, pero luego encarnado en el tiempo y en el mundo según Su humanidad; y *ardía toda entera en un suavísimo fuego rutilante*, fuego que, sin mancha de aridez, mortalidad o tenebrosidad señala al Espíritu Santo, por Quien el mismo Unigénito de Dios, concebido según la carne y nacido de la Virgen en el tiempo, derramó sobre el mundo la luz de la claridad verdadera".[3]

2. *Ibid.*, 3,8,5.
3. *Ibid.*, 2, 2.

Finalmente *El libro de las obras divinas* se abre con una figura humana de pie, con dos cabezas –superpuesta la del anciano a la del joven– y cuatro alas pintadas de color azul y escarlata; en dos de ellas hay una cabeza de águila y una de hombre, respectivamente. La figura humana sostiene en sus manos un cordero, y con sus pies aplasta a un monstruo que tiene una serpiente enroscada en su cuerpo. Estamos ante una clara presencia trinitaria: el Padre es la cabeza anciana, el joven es el Hijo y la fulgurante luz que los envuelve y abraza es el Espíritu Santo; en el pecho del Hijo un cordero porta la Cruz simbolizando la Caridad de Cristo y Su humilde mansedumbre, que han derrotado a la soberbia serpiente y a su monstruo, el hombre pecador contra su Dios. En el texto ya aparece la Trinidad como viva, dinámica y operante, y por eso incluye la referencia a la creación, del mundo y del hombre:

> "II. Y esta imagen decía: Yo soy la energía suprema e ígnea,[4] Quien ha encendido cada chispa viviente, y nada exhalé que fuera mortal, sino que Yo decido su existencia.[5] Con Mis alas superiores, esto es con la sabiduría, y circunvolando el círculo que se mueve orbitalmente (esto es, la tierra), lo ordené con rectitud. Pero también Yo, la vida ígnea del ser divino, me enciendo sobre la belleza de los campos, resplandezco en las aguas y ardo en el sol, la luna y las estrellas; y con un soplo de aire, al modo de una invisible vida que sustenta al conjunto, despierto todas las cosas a la vida. Pues el aire vive en la lozanía de las hojas y en las flores, las aguas fluyen como si vivieran, también el sol vive en su luz; y aunque la luna haya llegado a su ocaso, la luz del sol la enciende para que viva nuevamente. También las estrellas brillan en su luz como si tuvieran vida. (...) Y así Yo, la energía ígnea, me oculto en estas cosas, y ellas arden por Mí, como la respiración continua mueve al hombre y como la voluble llama está en el fuego. Todas estas cosas viven en su esencia y no mueren, porque Yo soy la vida. También soy la Racionalidad, que tiene en sí el Aliento de la Palabra que resuena, por la que toda creatura fue hecha. Y lo insuflé en todas las cosas de manera que ninguna de ellas fuera mortal en su género, porque Yo soy la vida. (...) Por eso, siendo Dios racional, ¿cómo podría ser que no obrase, cuando toda Su obra florece a través del hombre, a quien hizo a Su imagen y

4. En la concepción hildegardiana el Amor es Vida, y aquí la abadesa se vale de la imagen del fuego ("energía ígnea") para expresar ambos conceptos, al tiempo que implícitamente añade las notas del dinamismo, la movilidad, el calor, el brillo y la refulgencia, todas ellas identificables con el amor y la vida.

5. Ese Ser Supremo –Vida, Energía creadora– es Persona: Yo decido. Y Su decisión es creadora, en la comunicación del ser –que se hace *existir* en la creatura– realizándose en variedad de seres o naturalezas, efectos de la omnipotente causalidad divina.

> semejanza, y a todas las creaturas –según su medida– significó en el hombre? Pues desde toda la eternidad fue Voluntad de Dios hacer Su obra, esto es, el hombre; y cuando la acabó, le dio todas las creaturas para que trabajara con ellas, como el mismo Dios lo había hecho con él. (...) Y así como se dice que la Eternidad es el Padre, la Palabra es el Hijo, y el Aliento que une a estos dos es el Espíritu Santo, así también Dios se expresó en el hombre, en quien hay cuerpo, alma y racionalidad. Porque Me enciendo sobre la belleza de los campos, esto es la tierra, la materia de la que Dios hizo al hombre; y resplandezco en las aguas, que son como el alma, porque así como el agua se esparce a través de toda la tierra, así el alma recorre todo el cuerpo. También ardo en el sol y en la luna, que son figura de la racionalidad (mientras que las estrellas son las innumerables palabras de la racionalidad). Y con un soplo de aire, al modo de una invisible vida que sustenta al conjunto, despierto todas las cosas a la vida: porque por el aire y el viento subsisten los vivientes –que crecen (y maduran)–, apartados de la nada por el solo hecho de existir".[6]

Maravilloso relato de la creación del mundo, en el que Dios es presentado bajo la imagen del fuego, con toda la riqueza que dicha imagen conlleva. Porque el fuego habla de dinamismo, de calor, de luminosidad y refulgencia, finalmente de vida que amorosamente se comunica. ¿O acaso no decimos que el amor es ardiente, y que la persona enamorada se muestra como revestida de una luz propia e irradiante, y que se torna diligente y activa en favor de su amado, y que parece dar nueva vida a lo cotidiano? El Amor es Vida, es Energía creadora, y es también Sabiduría ordenadora: "con la sabiduría (...) lo ordené con rectitud". Y nuevamente se hace presente, en la creación del universo, la Trinidad Santísima: la Racionalidad que concibe en su seno al todo y a cada una de las creaturas, la Palabra que la expresa poniéndolo todo en la existencia en virtud del "Hágase", y el Aliento de Vida en el que la Palabra resuena y se expande, como en el dinamismo propio de cada creatura, en el contexto de la actividad creadora, "por la que toda creatura fue hecha". Pero el Aliento no sólo da vida, sino que lo hace porque es en Él que la Palabra creadora resuena, produciendo su efecto de causalidad eficiente y formal ejemplar. Estamos ante la energía creadora de Dios y Su luminosa, amorosa presencia en Su obra, que habla de Él, porque para la abadesa de Bingen el hombre es una teofanía y el mundo, una antropofanía. ¿Qué significa esto?

6. A. Derolez; P. Dronke (eds.), *Liber divinorum operum* 1,1,2. *Hildegardis Bingensis Liber divinorum operum*. Turnhout, Brepols, 1996, CCCM 92 (en adelante LDO).

Con respecto a la consideración del hombre como una teofanía que manifiesta a Dios, repasemos el relato de su creación:

> "Hagamos al hombre a nuestra imagen, esto es, según aquella túnica que germinará en el vientre de la Virgen y que la persona del Hijo revestirá para la salvación del hombre, saliendo del útero de aquella que permanecerá íntegra (...). Hagámoslo también a semejanza nuestra, para que con ciencia y sabiamente entienda y discierna lo que ha de hacer con sus cinco sentidos, de manera tal que también por la racionalidad de su alma –alma que se oculta en él y que, en tanto permanece oculta en el cuerpo, ninguna creatura puede ver– sepa señorear sobre los peces que nadan en las aguas y sobre las aves en el cielo y sobre los animales salvajes y sobre toda creatura que habita en la tierra y sobre todo reptil que en ella se mueve: porque a todos estos aventaja la racionalidad del hombre".[7]

Nos es familiar la narración de la creación del hombre a través del relato bíblico, y también hemos reparado, tal vez más de una vez, en la diferencia de la Voz divina al crear al Universo con Su "Hágase", y el amoroso y personal "Hagamos" con que el Dios Uno y Trino formó al hombre. Pero lo que seguramente constituye una novedad es el hecho de que, en este texto, la imagen de Dios está dada por la corporeidad del hombre –la túnica es el cuerpo–, en tanto la semejanza viene determinada por la sabiduría y el poder con los que el hombre ejerce su señorío sobre toda creatura, operando con y a través de los sentidos. Y cabe entonces preguntarnos por la razón de esto que aparece como una inversión de la mirada tradicional, que pone en el alma la imagen y la semejanza en el cuerpo. En ese hermoso texto sobre la creación del hombre que acabamos de leer aparece la respuesta, que no es otra que la perspectiva cristológica –la Palabra de Dios hecha carne–, la referencia a la encarnación del Verbo divino, prevista desde toda la eternidad. Porque sólo el Hijo de Dios, haciéndose hombre y tomando un cuerpo como el nuestro, podía realizar el eterno designio del Padre, esto es, la armoniosa recapitulación de toda la creación en el hombre, para la gloriosa alabanza a Su Creador. Por eso el cuerpo del hombre, nuestro cuerpo, fue creado a imagen de Quien, eterno en el seno de la Trinidad Santísima, había de ser, en un tiempo histórico determinado, el Dios hecho Hombre. Abundando en esta consideración leemos en *Las causas y los remedios de las enfermedades*:

7. LDO 2,1,43.

> "Dios, Quien es la vida sin inicio antes de todos los tiempos, en un tiempo determinado atrajo a Sí Su vestido, que estaba eternamente oculto en Él. Y de este modo Dios y el hombre son uno, como el alma y el cuerpo, porque Dios hizo al hombre a Su imagen y semejanza".[8]

Si bien el cuerpo es el vestido del alma, el hombre todo es también él, precisamente, el vestido de Dios, el ropaje que la Palabra divina asumió en el momento de Su encarnación en María Virgen. Por eso, cuando decimos que Dios hizo al hombre a Su imagen y semejanza, no queremos significar con ello que en Dios hubiera corporeidad, sino que había de atraerla hacia Sí en ese acto de amor por el que Dios y el hombre serían uno:

> "Y Dios hizo al hombre a Su imagen y semejanza, porque también quiso que la forma del hombre fuera el vestido de la santa Divinidad; y por eso significó en el hombre a todas las creaturas, de la misma manera que toda creatura provino de Su Palabra".[9]

La última frase: "y por eso significó en el hombre a todas las creaturas" –y recordando que desde el momento mismo de la creación del hombre está presente el designio de la encarnación del Verbo divino–, da razón de en qué sentido el mundo es una antropofanía: lo es porque toda creatura se contempla en el hombre, porque el mundo es reflejo del hombre para cuyo servicio fue creado. La dirección ha sido invertida porque no estamos ante un macrocosmos que incluye al microcosmos, sino ante el hombre que irradia y proyecta su ser en un mundo que tiene en él su sentido, puesto que fue hecho para el hombre. El cuerpo es entonces la realidad material del hombre, que integra también a la tierra de la que el cuerpo del hombre fue hecho; el alma, como su principio vital y animador, es comparada al agua, comparación que podemos hacer extensiva a los fluidos vitales que circulan a través del cuerpo; y la racionalidad como su espíritu o principio intelectual es asimilada al sol y la luna, cuya luz ígnea ilumina haciendo posible el conocimiento. Y todo el conjunto, el hombre y la naturaleza toda, recibe el soplo de vida que insuflara Dios en el primer hom-

8. P. Kaiser (ed.), *Hildegardis Causae et curae*, Leipzig, Teubner Verlag, 1903, 2, p. 65, líneas 14-18 (en adelante CC).

9. LDO 1,4,14.

bre (cf. Gn 2,7), el Espíritu que se movía sobre las aguas en el inicio mismo de la creación... (cf. Gn 1,2). Esta insistencia de santa Hildegarda en subrayar no sólo el estar del hombre en el mundo sino también su constitución física misma a partir de los elementos de la naturaleza y la comparación con ellos, resuena como un bajo continuo a través de toda esa maravillosa sinfonía que es la obra de la abadesa de Bingen, un canto de alabanza a la creación divina y desde ella, a su Creador.[10]

Por el designio creacional de Dios, el hombre es señor de la Creación, y creatura de su Creador, como vemos en este pasaje de la segunda visión del *Libro de las obras divinas*, visión en la que la esfera del mundo y en ella, el hombre, son abrazados por la Trinidad Santísima:

> "En medio de la rueda del mundo aparecía también la imagen de un hombre, cuya cabeza tocaba la parte superior de un círculo de aire denso, blanco y luminoso, y cuyos pies llegaban hasta la parte inferior del mismo. Por el lado derecho la punta de los dedos de su mano derecha, por el lado izquierdo la de los dedos de su mano izquierda se extendían hacia los dos extremos del círculo, porque la imagen había alargado sus brazos. Esto significa que en la estructura del mundo, casi como en el centro, está el hombre, porque es más poderoso que las restantes creaturas que lo habitan: Por su estatura es pequeño, pero es grande por la fuerza de su alma; la cabeza hacia arriba, los pies hacia abajo, moviéndose tanto hacia los elementos superiores cuanto hacia los inferiores, penetrándolos también por ambos lados –derecha e izquierda– con las obras de sus manos, porque esta capacidad de obrar reside en las fuerzas interiores del hombre. Pues el cuerpo del hombre excede en tamaño al corazón, pero las fuerzas del alma superan al cuerpo del hombre por su eficacia, y (…) se extienden por todo el orbe de la tierra. Pero el hombre fiel, permaneciendo en el conocimiento de Dios, tiende a Él en todas sus necesidades, tanto en las espirituales cuanto en las mundanas; y en todas sus acciones, prósperas o adversas, anhela a Dios, porque en ellas despliega sin cesar toda su devoción a Él. Pues así como el hombre ve con sus ojos corporales a todas las creaturas por doquier, así en la fe descubre y ve a Dios en todas partes y Lo conoce a través de las creaturas, porque comprende que Él es su Creador".

La descripción que el texto nos hace de la centralidad del hombre en relación con el mundo nos muestra cómo el hombre irradia y proyecta su ser en un mundo que tiene en él su sentido, puesto que fue hecho para el hombre. El pasaje que acabamos de leer: "las fuerzas del

10. Cf. LDO 1,2,15.

alma superan al cuerpo del hombre por su eficacia, y (…) se extienden por todo el orbe de la tierra", nos dice que el mundo es reflejo del hombre y de su actividad, dejando planteada así la cuestión del cómo se da esa interacción entre el hombre y su mundo. Porque en ello se juega, en primera instancia, el uso que hagamos de los recursos naturales, y el destino del planeta; cuestiones éstas que hoy revisten gran actualidad, y que nos ponen ante una gran responsabilidad de la que no podemos sustraernos. Mas en la última parte del texto: "pero el hombre fiel…" las fuerzas del alma con todo su poderío sobre el mundo ceden su horizontalidad asumiendo una anhelante dirección vertical sustentada por la mirada de la fe, que nos recuerda que toda creatura, por el solo hecho de serlo, dice relación a su Creador, a Quien no es posible ignorar. Y así lo expresa también otro texto con una fuerte reminiscencia evangélica:

> "El hombre fiel tome el arado con los bueyes[11] de manera que dirija su mirada hacia Dios, Quien da a la tierra su fecundo vigor y todos sus frutos: y así camine a través de los preceptos del Maestro, tal que cultivando los bienes de la tierra no abandone los bienes celestiales".[12]

Por eso nos dice santa Hildegarda:

> "Todas las creaturas que Dios hizo, tanto en las alturas cuanto en las profundidades, las asoció al hombre para su utilidad. Si el hombre las destruye con sus malas acciones, el juicio de Dios, en Su venganza, las volverá contra él: pues aunque asistan al hombre en sus necesidades corporales, debe entenderse que también conciernen a la salvación de su alma".[13]

Pero avancemos un poco más en esa realidad concreta que es el hombre, que somos nosotros, y lo haremos siempre de la mano de nuestra Doctora, a quien continuamos escuchando:

> "La obra de Dios en el hombre tuvo cinco momentos. El primero es la formación del hombre; el segundo, que el hombre recibió el soplo de la vida, el alien-

11. Cf. Lc 9,62: "Nadie que ponga su mano en el arado y vuelve la mirada hacia atrás es apto para el Reino de Dios."

12. A. Carlevaris O.S.B. (ed.), *Hildegardis Liber vitae meritorum*, Turnhout, Brepols, 1995, CCCM 90, 4, 59 (en adelante LVM).

13. LDO 1,3,2.

to vital; el tercero, que entendió que podía realizar obras; el cuarto, que aceptó, tomó sobre sí el precepto divino; el quinto, que conoció el mal".[14]

El texto nos habla, fundamentalmente, de dos momentos: uno, que se refiere a la primera naturaleza humana, la naturaleza humana recta. El segundo, a la naturaleza caída, desordenada, carente de justicia e inarmónica, un estado que pudiéramos llamar no ya natural sino congénito, falto de paz y radicalmente marcado por las tensiones internas. En lo que es su fundamento mismo y su consecuencia, este segundo momento aparece descripto en otro texto, esta vez de *Las causas y los remedios de las enfermedades*:

> "Antes que Adán y Eva hubieran transgredido el precepto divino, refulgían esplendorosos como el sol, esplendor que era para ellos como una vestidura. Luego de la transgresión del precepto divino no brillaron más como lo habían hecho antes, sino que vinieron a ser oscuros y permanecieron en dicha oscuridad. Por eso, como vieran que no refulgían como antes lo habían hecho, conocieron que estaban desnudos y se cubrieron con las hojas de un árbol, como está escrito (cf. Gn 3,7)".[15]

También Lucifer había sido creado luminoso, el más espléndido de todos los ángeles –de allí su nombre, Lucifer, el portador de la luz–; pero él quiso ser la Luz misma, y no el espejo que la reflejara, fue así privado de todo su fulgor y precipitado al abismo de la oscuridad. Es por eso que, al ver la luminosidad de Eva y al saber que en su descendencia –destinada a poblar el Paraíso celestial– se cumpliría la encarnación del Verbo divino y la participación del género humano en la vida divina de Dios, la envidió en gran manera, envidia que se transformó en odio. Es así que se le acercó para tentarla, ofreciéndole la manzana –el fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal– y, con ella, la sabiduría de Dios, el "Seréis como dioses". Eva desvió su mirada, que de la consideración de Dios y la obediencia a Él debida, se dirigió hacia la promesa de la serpiente, y cambiando la dirección de su deseo se vio a sí misma, afirmándose como frente a Dios, como igual a Él. Y el hombre perdió su naturaleza humana recta, quedando con la

14. Epist. CCXXVI –Hildegardis ad eundem sacerdotem–, a. 1160-70 (?), en: L. van Acker (ed.), *Hildegardis Bingensis Epistolarium*, Turnhout, Brepols, 1993 (CCCM 91a).

15. CC 2, p. 46, líneas 25-33.

naturaleza caída, desordenada, carente de justicia e inarmónica que bien conocemos por propia experiencia. A la radiante claridad del cuerpo humano que en la creación se muestra glorioso ante su Creador sucede, después del pecado, la opacidad que quiere ocultarse de Él, al tiempo que se vela también para el prójimo. Y en la oscuridad del cuerpo se encubren y a menudo se disimulan y se mienten pensamientos, sentimientos, intenciones (...) El desconocimiento de estos dos momentos en la consideración de la naturaleza, y del cuerpo en particular, lleva no pocas veces a malinterpretar algunos textos de la abadesa de Bingen. La rectitud de la naturaleza primigenia es ahora naturaleza caída, con toda su secuela de alteración y de desorden, de subversión de valores, de impotencia, de fragilidad siempre acechada, de inquietud e inestabilidad, de pesada miseria. Entonces, obrar según su naturaleza será para el hombre corregir el desorden de su condición actual, rectificar su conducta, sanar su naturaleza enferma, de la misma manera como procuramos la salud del cuerpo que nace con alguna enfermedad, o bien la corrección de características temperamentales que no ayudan, antes bien dificultan la vida, o a través de una recta formación se trabaja para labrar una vida que consideramos humana, y que no es otra cosa que la realización, en ella, del propio ser natural: del ser humano.

Esto es posible en virtud de un concepto que, al igual que *viriditas*, aparece reiteradamente en la obra de Hildegarda cuando del hombre se trata: nos referimos a la *rationalitas*, la racionalidad, don creacional de Dios al hombre, como leemos en *Scivias*:

> "La gracia de Dios constituyó al hombre apoyado y sostenido por la racionalidad, para que obre lo que es justo en la ciencia del bien y del mal, a fin de que por esta ciencia desee el bien rechazando el mal, y para que de esta forma conozca la vida y la muerte, eligiendo así en qué parte desea permanecer".[16]

La ciencia del bien y del mal a que se refiere es, finalmente, la ciencia de la realidad humana, de la creatura que se sabe tal ante su Creador, es la ciencia del sentido de la vida del hombre orientada hacia su Dios. Es ese entendimiento, como facultad constitutiva de lo propiamente humano en el hombre, y como ejercicio y fruto de la fecun-

16. *Scivias* 3,2,10.

didad del Espíritu Santo, lo que la abadesa de Bingen considera el don divino por excelencia, porque es el que permite al hombre saber a Dios y elegirlo con amoroso deseo; de ahí en más, puede el hombre conocer toda la creación y trabajarla con alegría y en actitud de reverente ofrenda, según el designio creacional.

> "Tu Creador te ha dado con gran amor, porque eres Su creatura, el mejor tesoro: un entendimiento vivo. Y te ordenó, a través de las palabras de la Ley establecida por Él, que lo hicieras fructífero en buenas obras y que fueras rico en virtudes, para que por esto tu buen Dador fuera conocido con mayor deseo y más amorosamente. Por lo cual conviene que a toda hora medites de qué manera este don tan grande que recibiste, tornándose provechoso tanto para otros cuanto para ti mismo en las obras de la justicia, irradie de ti el esplendor de la santidad, a fin de que los hombres, estimulados por tu buen ejemplo, honren a Dios con sus alabanzas. Porque cuando lo hayas multiplicado provechosamente en toda obra justa, la alabanza y la acción de gracias llegarán a conocimiento de Dios, Quien te inspiró estas virtudes en el Espíritu Santo; por lo que Él mismo, volviéndose hacia ti con la misericordia de Su gracia, por la dulzura de Su predilección te hará arder con mayor sobreabundancia en Su amor, de manera tal que colmado por la consolación del Espíritu Santo, puedas discernir sabiamente todo lo que es bueno y hagas obras buenas aún mayores, glorificando con ardentísimo amor a tu Padre, Quien bondadosamente te dio todo esto".[17]

Porque el solo conocimiento de la Verdad no basta; también la conocieron Lucifer y los ángeles que lo siguieron. Es preciso amarla, hacer de ese conocimiento un alimento vital para incorporar a sí su fructífero vigor, a modo de fuerza de convicción y de integridad personal. Debemos hacer de esa Verdad nuestra realidad –la obra de nuestras manos y de nuestra vida–, encontrando en ello nuestra plena realización como creaturas. Pero si, como sucedió en el inicio mismo y de allí en adelante tantísimas veces, el hombre sofoca en su interior la voz de la Verdad de su propio ser y de su mundo, si pretende matar ese entendimiento en aras de sus deseos, con el don del diablo conocerá ciertamente: conocerá todo el mal de que es capaz y lo elegirá.

A la racionalidad va unida la *discretio*, o discernimiento, que Hildegarda presenta así:

> "El discernimiento es como el firmamento, que tiene por debajo de sí las cosas

17. *Scivias* 3,10,9.

> de la tierra, esto es la vida activa, y por encima de sí las cosas del cielo, o sea la vida contemplativa; con ellas el discernimiento es la escalera en la que el espíritu de los hombres asciende al cielo mediante las buenas obras, y en la que también desciende a la tierra a causa de las necesidades de la carne; como María y Marta ofrecieron servicios diversos a Dios, a Quien agradaron ambos, porque es Él quien ha instituido uno y otro modo de vida. Así el firmamento de la virtud se encuentra entre una y otra forma de vida cuando el hombre aplica el discernimiento a sus propios asuntos, de manera tal que rectamente tenga en su justa medida las cosas del cielo y las de la tierra, como Dios las ha establecido".[18]

Y, finalmente, tenemos la *voluntas* o voluntad integrada en la naturaleza y el obrar humanos:

> "En relación con la sabiduría el hombre es comparado con la altura del cielo, porque sobrepasa a todas las creaturas dominándolas en virtud de su ciencia, que es el ojo de la sabiduría. Pero asimismo el hombre es como la anchura de la tierra, porque tiene la posibilidad de desear y de elegir. ¿Cómo? Lo que el hombre desea, eso es lo que lo deleita; y así deseando elige, y según esa voluntad suya encontrará ayuda para sí en aquellas cosas que desea. Pues si ha invocado a Dios, Dios le ayudará; si ha escogido al diablo, él irá a su encuentro con la insinuación del mal. El hombre desea a partir de su condición racional, y de acuerdo al gusto es su elección".[19]

Al conocimiento de un objeto, en tanto ese objeto es un bien, sigue el deseo del mismo, uno de los momentos del amor. La ciencia del bien es aquí el conocimiento que refiere todo bien a Dios, como Bien supremo y causa de todo bien; de allí que de esa ciencia debiera seguirse el amor a Dios, el deseo de Dios, que no priva del amor y del uso de los bienes, sino que impone un orden a ese amor y rectitud a ese uso. La no consideración de la relación fontal de todo bien con su Autor deja al deseo en una dimensión meramente horizontal; lo priva de la medida congruente con la realidad última de su objeto y pervierte la rectitud de la relación.

Dijimos anteriormente que para el hombre, luego de la caída original que precisamente lo alejó de esa relación fontal con el Bien por excelencia, esto es de su Dios, obrar según su naturaleza es corregir el desorden de su condición actual, rectificar su conducta, sanar su

18. LDO 2,1,27.
19. LVM 1,34.

naturaleza enferma, empeñando en ello esos dones –*viriditas*, *rationalitas*, *discretio*, *voluntas*– con los que su Creador lo dotó. Esto nos lleva a la consideración de la Iglesia como el lugar y la vida de la fe, don de Dios que es la esperanza de salvación para el hombre.

Porque Dios Uno y Trino no quiere ser sin el hombre, sin nosotros… Recordando el pasaje evangélico de la mujer que luego de perder una dracma enciende una luz para buscarla por toda la casa y, cuando la encuentra, llama a sus amigas para alegrarse con ellas por el hallazgo de la dracma perdida,[20] la abadesa de Bingen dice:

> "La Santa Divinidad tenía diez dracmas, esto es, diez órdenes de jerarquías celestiales, entre los ángeles y el hombre. Pero perdió una dracma cuando el hombre, por haber seguido la seducción diabólica antes que el mandato divino, cayó en la muerte. Por lo que la Divinidad encendió una luminosísima antorcha: Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, espléndido Sol de Justicia, (...) y así encontró Su dracma, o sea el hombre que había perdido. Entonces convocó a sus amigas –esto es, las justas disposiciones que rigen los asuntos del mundo– y a sus vecinas –las virtudes espirituales–, diciendo: Felicitadme con gozosa alabanza, y edificad la Jerusalén celestial con piedras vivas, porque encontré al hombre, quien había perecido por el engaño del diablo".[21]

"Porque encontré al hombre…". Para eso la Palabra del Amor divino se pone en manos de los hombres, recibiendo de ellas todos los pecados y miserias –falsía, ingratitud, mentira, hipocresía, deslealtad, persecución, traición, injusticia, tortura y muerte– de toda la Humanidad, hasta que en Su crucifixión clava en Su propio cuerpo, como destino propio, lo que le ocurre al otro: al hombre:

> "Contra esto: que el hombre rebelde fue capaz de pecar, el mismo Hijo de Dios tuvo la dulce docilidad de su niñez, y contra la complacencia de la carne del hombre soportó en su juventud la fatiga del trabajo; contra la glotonería de la avaricia en el hombre aceptó el hambre, y contra los pecados de los injustos se rodeó de tristeza; contra la tiranía de los impíos fue ofendido con muchísimos oprobios y humillaciones; contra los crímenes de los homicidas padeció en la cruz; y contra los graves pecados mortales en los que los hombres se hundían, para salvarlos de la muerte expiró en la cruz".[22]

20. Cf. Lc 15,8-9.
21. *Scivias* 3,2,20.
22. LVM 1,119.

Surgida del costado de Cristo crucificado, la naturaleza de la Iglesia es divina y humana como la de Su Esposo; y a pesar de todas sus humanas sombras es siempre atraída por Él, de Quien recibe siempre renovada luz. Una imagen, de entre las muchas que nos presenta santa Hildegarda, nos habla de esta Iglesia, de su claridad y de sus sombras –sombras presentes en todos los momentos de su existencia, y también en nuestro tiempo–; pero también nos habla de su santidad y, en ella, de sus hijos, los diversos órdenes en la Iglesia:

> "Contempla el sol, la luna y las estrellas. Yo formé el sol para que brillara durante el día, y la luna y las estrellas para que alumbraran la noche. El sol significa a Mi Hijo, Quien salió de Mi corazón e iluminó al mundo cuando nació de la Virgen al fin de los tiempos, como el sol naciente derrama su luz sobre el mundo cuando surge al finalizar la noche. La luna representa a la Iglesia, desposada con Mi Hijo en nupcias verdaderas y celestiales. Y así como la luna siempre experimenta incremento y mengua en su disposición, pero no arde por sí misma sino que es encendida por la luz del sol, así también la Iglesia tiene un movimiento cíclico, de manera tal que a veces sus hijos prosperan en el acrecentamiento de las virtudes, y otras veces se desvían a causa de la inestabilidad de sus costumbres y de las adversidades que los dispersan, y así a menudo es atacada en sus misterios por lobos rapaces (…). Pero no se enciende por sí misma para soportarlos, sino que en Mí es iluminada por Mi Hijo para perseverar en el bien. Las estrellas, por su parte, diferentes unas de otras por la intensidad de su fulgor, representan a quienes se encuentran en los diversos órdenes eclesiásticos".[23]

Un fragmento de una carta de la abadesa de Bingen a Werner de Kirchheim, nos habla del gran amor que la abadesa de Bingen tiene por la Iglesia y que la lleva a denunciar, dolorosamente, las sombras, todo cuanto la afea en la persona de sus miembros:

> "En el año 1170, cuando llevaba un largo tiempo postrada en mi lecho de enferma, despierta en cuerpo y alma vi una bellísima imagen con forma de mujer (la Iglesia), de tan exquisito encanto y con preciosos atavíos de tanta belleza que la mente humana jamás podría comprenderla y expresarla. Por su estatura se alzaba desde la tierra hasta el cielo. Su rostro brillaba con una gran luz y con sus ojos miraba al cielo. Llevaba una deslumbrante túnica de seda blanca y la envolvía un manto adornado con piedras preciosas –esmeralda, zafiro, también perlas–; su calzado era de ónice. Pero su rostro estaba salpicado de polvo, la túnica había

23. *Scivias,* 2,5.

sido desgarrada en el costado derecho,[24] el manto había perdido su refinada belleza y sus zapatos estaban manchados en la parte superior.

Y con voz grande y dolorosa clamaba hacia las alturas celestiales diciendo: Óyeme, oh cielo, porque mi rostro ha sido afeado; oh tierra, llora, porque mi túnica ha sido desgarrada; oh abismo, estremécete, porque mis zapatos han sido manchados. «Las zorras tienen cuevas y los pájaros del cielo tienen sus nidos» (Mt 8,20; Lc 9,58), pero yo no tengo quien me consuele y me ayude, ni un báculo[25] sobre el cual apoyarme y que me sostenga.

(...) Quienes me cuidaban y me alimentaban, o sea los sacerdotes, que debían encender mi rostro como la aurora y hacer que mi túnica resplandeciera como una luz fulgente, que mi manto brillara como las piedras preciosas y mis zapatos irradiaran su claridad, ensuciaron mi rostro con polvo, desgarraron mi túnica y oscurecieron mi manto, y mancharon mis zapatos. Todos los que debían embellecerme me descuidaron y me abandonaron. Pues ensucian mi rostro porque toman y reciben el Cuerpo y la Sangre de mi Esposo en medio de la gran corrupción de sus costumbres lascivas y la gran inmundicia de sus fornicaciones y adulterios, y la avariciosa rapiña con que venden y compran lo que es impropio; se rodean y envuelven con tanta suciedad como un niño puesto en el barro entre los puercos. (...) Las marcas de las heridas de mi Esposo están frescas y abiertas en tanto subsistan las heridas de los pecados de los hombres. Los sacerdotes, que deberían hacerme luminosa y servirme en la luz, contaminan estas mismas heridas de Cristo en su ir de iglesia en iglesia por su gran avaricia. También desgarran mi túnica por esto, porque traicionan la ley y el Evangelio y su propio sacerdocio, y oscurecen mi manto porque descuidan en un todo los preceptos instituidos por ellos: no cumplen con la buena voluntad ni con las obras, ni con la abstinencia, ni con la largueza en la limosna, ni con las otras obras buenas y justas con las que se tributa honra a Dios. Pero además han manchado la parte superior de mi calzado, porque sus caminos no son rectos, es decir que no son los caminos difíciles y penosos de la justicia, y tampoco brindan buenos ejemplos a quienes les están subordinados; no obstante y a pesar de todo, yo guardo la luz de la verdad –casi como en un lugar secreto– bajo mis zapatos. En efecto, los falsos sacerdotes se engañan a sí mismos porque quieren tener el honor del oficio sacerdotal sin sus obras, cosa que no puede ser, ya que a ninguno se le dará recompensa a no ser por el trabajo de la obra presentada (cf. 1Co 3,8). Pero cuando la gracia de Dios toca al hombre, éste obra de manera tal que pueda recibir su recompensa".[26]

24. El lado derecho es, tradicionalmente, el del honor, el de los elegidos (cf. Mt 25,34), y es precisamente en ese lugar que la túnica de la Iglesia ha sido desgarrada... por los elegidos, aquellos que fueron llamados: los sacerdotes y religiosos.

25. Recordemos que el báculo es un distintivo del Sumo Pontífice y de los obispos, símbolo de su autoridad y de su misión como pastores de la grey. ¡Y la Iglesia no tenía un báculo que le fuera apoyo y sostén!

26. Epist. CXLIXr –Hildegardis ad Wernerum–, a. 1170.

Leída ésta que fue originariamente una predicación, no podemos dejar de admirarnos ante esta mujer de más de setenta años, de salud precaria y no demasiadas fuerzas, pronunciando semejante discurso en una iglesia y a un clero inicialmente bastante "distraído" y tal vez a la defensiva, y al que dejó finalmente con gran compunción y deseo de enmienda. Porque en su gran amor por la Iglesia la abadesa de Bingen pudo verla santa a pesar de los pecados de sus miembros, los hombres, nosotros:

> "Porque ninguna perfidia puede oscurecer su mirada, que con gran devoción mantiene fija en las realidades celestiales: ninguna persuasión del diabólico engaño, ni el error del pueblo que claudica, ni las tempestades difundidas por diversos lugares de la tierra, donde los hombres insensatos se destruyen cruelmente, en la furia de su incredulidad".[27]

Y en la lúcida mirada de la fe de su corazón pudo saberla divina, respetando el misterio que permanece oculto en la manifestación de su humanidad:

> "Ya que el entendimiento humano, entorpecido por la debilidad de su frágil condición, no es capaz de contemplar en su plenitud los secretos de la Iglesia; pues toda ella, refulgiendo con luminosa claridad, está rodeada por un resplandor inmenso, porque el verdadero sol –Cristo, el Verbo de Dios encarnado– la penetra y la inunda por doquier con la lúcida, radiante inspiración del Espíritu Santo".[28]

Porque "la luminosidad de la Iglesia es el trabajo de la fortaleza en los sacerdotes quienes, en virtud de sus buenas obras, con pureza de corazón y con manos puras ofrecen sobre el santo altar un sacrosanto sacrificio en el sacramento del Cuerpo y la Sangre del Salvador".[29] Por eso santa Hildegarda, denunciando los pecados del clero y de los monjes que tanto mal hacen a la vida de la Iglesia, no deja de exhortarlos a la conversión y de ofrecerles modos de enmienda, como leemos en el final de una carta dirigida a unos monjes. Éstos le habían escrito acongojados por la situación de continuos enfrentamientos que se producían en el monasterio, y que no atinaban a solucionar; y la abadesa les dice:

27. *Scivias,* 2,3,7.
28. *Ibid.*, 2,3,8.
29. *Ibid.*, 2,3,3.

"La Sabiduría ha establecido las treguas para la enmienda, al modo como en el *Evangelio* el cuidador de la viña decía a su señor, a propósito de la higuera: «Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave a su alrededor y la abone con estiércol» (Lc 13,8). Cavar en torno a ella significa que el hombre sujeta, renunciándola, su propia voluntad; de otra manera, jamás podría obedecer; echarle estiércol es colocarse bajo el prelado en humildad y obediencia. Pues cuando el hombre se inclina a la obediencia, tiene casi por lodo todos los deseos carnales y aun a sí mismo.

Y ahora yo, mísera forma, y débil, os digo a vosotros, hermanos de este monasterio: Que el fuego inextinguible de la vida arda en vosotros y os inunde con su luz de manera tal que podáis permanecer en esa vida misma, como habíais comenzado. Porque cuando en vosotros surja el fructífero tiempo de la corrección y la enmienda,[30] las piedras de vuestra torre recuperarán el fulgor que tenían antes".[31]

Pero Hildegarda también menciona las estrellas luminosas, que son las espléndidas obras de piedad que en la transparente pureza de la fe aparecen por doquier y adornan a la Iglesia, a pesar de críticas y desprecios; y son también las que la Iglesia, en los tiempos en que yace sumida en aflicción y tristeza, admira:

"Cuando en virtud de la contrición la Iglesia se vuelve hacia el Hijo de Dios y se pone bajo Su protección, es confortada por Él y nuevamente puede manifestar su amor por las cosas celestiales en obras de bendición".[32]

Cuáles son esas obras nos lo dice nuestra Doctora en dos textos que hablan del cumplimiento del primer mandamiento, esto es, del amor a Dios en la mirada del corazón que sale al encuentro del prójimo:

"El esplendor de la Iglesia es la luminosa obra de quienes actúan con misericordia, es decir, de quienes con largueza siempre brindan una ayuda ante todo dolor y distribuyen limosna a los pobres con un corazón tierno y compasivo, diciendo con plena convicción: «Esto no es mío, sino de Quien me ha creado». Porque esta obra, inspirada por Dios, aparece ante Sus ojos en el Cielo cuando los hombres fieles la llevan a cabo en la tierra, según el modo de vida propio de la Iglesia".[33]

30. Cf. Heb 9,10.
31. Epist. CXIIIr – Hildegardis ad monachos–, a. a. 1173.
32. *Scivias,* 1,3,12.
33. *Ibid.*, 2,3,3.

"Porque ningún enemigo, atacándola, podrá triunfar sobre ella, ya que ella arroja lejos de sí la infidelidad y fielmente se expande, porque en este tiempo perecedero cada uno de los fieles da ejemplo a su prójimo, y haciéndolo así ellos mismos producen abundantísima virtud en los cielos".[34]

Y con ese amor y con esa mirada la abadesa conforta a un prelado infundiéndole, precisamente, la esperanza de la Iglesia:

"Por consiguiente, pon tu esperanza en el único Dios, porque no abandonará a Su Iglesia. Pues ésta es la esperanza de la Iglesia, que será iluminada; y esa esperanza es segura, aunque el dolor perdure por un largo tiempo, durante el cual muchas congregaciones de hombres espirituales serán perseguidas, y muchas también destruidas.

Pero veo en ti un resplandor como de aurora, porque hay en ti el amor diligente de las buenas obras, con una voluntad recta. Veo también el torbellino que te agita a causa de éstas y otras vicisitudes, y que a veces oscurece tu luminosidad. Disminuye estas preocupaciones y ten confianza, para que finalices tus días en Dios y vivas por siempre".[35]

Finalizamos con unas palabras que Hildegarda dirigiera a un abad, pero que nosotros aplicamos a ésta, nuestra proclamada Doctora de la Iglesia, en quien fueron, y son, vida:

"Sé como el sol en tu enseñanza, como la luna en la corrección, como el viento en la firmeza de tu magisterio, como la suave brisa en tu mansedumbre, y como el fuego en la luminosa exposición de la doctrina. Comienza a obrar así con el primer resplandor de la aurora y llévalo a su perfección en la luz plena y fulgurante".[36]

Vida y enseñanza que nos acompañan, en el fulgor de la Luz Viviente.

AZUCENA ADELINA FRABOSCHI
UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA,
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
23.10.2012 / 28.10.2013

34. *Scivias*, 2,3,1.
35. Epist. CCLXVr – Hildegardis ad quendam prelatum–, entre 1159 y 1173, 2001, CCCM 91b.
36. Epist. CCXIV –Hildegardis ad Ludovicum abbatem–, a. 1168-73, 1993, CCCM 91a.